

*Da Capo*SM

I

MAYO ☪ 1989

✓ *Panfleto Musical Independiente del País*

su música orquestal y coral. El empeño que supone la fiel articulación de todo el material pianístico inserto en el compacto material orquestal me afirma esta convicción. Sería muy largo extenderme en un análisis exhaustivo sobre la interpretación de la obra, pues no es mi intención prolongar mucho más la colaboración que ha tenido a bien solicitarme esta nueva revista. Por ello pasaré a la obra que lleva por título *Cuadernos para Piano*, que yo mismo estrené el pasado mes de Octubre en Nuevo Baztán. En esta obra se observa un cambio de dirección, radicalmente opuesto a su actitud neopresionista de obras anteriores, pues la composición de estos *Cuadernos* tiene su origen en unos materiales utilizados para sus clases de Composición sobre música contemporánea, dictadas en el Conservatorio "P. Sarasate" de Pamplona. Una visión de la música en la

que el autor pretende recuperar -son sus palabras- "aquellos valores orgánicos propios de toda entidad acórdica", hace que la obra se aleje sustancialmente de su anterior producción pianística.

El número de obras escritas para piano por González Acilu se eleva a doce. Todas ellas se encuentran en mi mesa de estudio para su análisis y posterior trabajo de grabación discográfica. Sus títulos, además de los citados anteriormente, son: *Piano auto-formas*, *A-Z*, *Piezas heterodoxas*, *Extracciones para piano*, *Dos páginas para piano* y *Partita óptica*.

El piano de Agustín González Acilu constituye un apartado muy importante dentro de su obra general -quizá tanto como el de su obra vocal- y dentro del piano español de estos últimos treinta años. ☛

Isabel Uruña

Agustín, Descartes, los zapatos y las nubes.

En cuanto al compositor Agustín González Acilu, confieso que me equivocó durante un tiempo su aparente rudeza, una cierta sequedad primaria y sin matices -que prolifera y se cultiva más en la mitad Norte de la Península que en el Sur-, especie de coraza defensiva, de sudario almidonado que cubre pudorosamente ancestrales inseguridades: una táctica paranoide de corte muy masculino. Pero si bien a través de otras costuras -por la grieta diminuta e inevitable que va de puntada a puntada- se vislumbra un miedo al sí mismo que el espejo de los otros reproduciría, bajo los dobladillos personales de Agustín, por el contrario, se deja ver -no sé si además o solamente-, inocente y descarada, una sorprendente fuerza: la certeza que da el perfecto acuerdo entre la mente clara, organizada, y la mano que es guiada por ella sin falsas conexiones. Así llegué a recordar a Descartes. No por necesidad de más aclaraciones, pues en esas sentencias fantásticamente sintéticas que Agustín produce a salto de pensamiento en su discurso -en el aula o fuera de ella- hay suficiente materia medi-

table para llenar una enciclopedia músico-filosófica; no por necesidad, digo, sino por amor a las analogías y otras coincidencias iluminadoras, casi poéticas.

Emprendí la relectura del genial filósofo: fue para mí un gozo, otro favor que debo a lo que Agustín me sugiere, tan valioso por lo menos como lo que me ha enseñado. Saltando tres siglos de ciencia y cultura, recorrí la distancia que separa La-Haye-en-Touraine de Alsásua y procuré olvidar el cartesianismo reduccionista que me mostraron en el bachiller y que confundía lo contextual con lo esencial y lo esencial con lo lírico. Salvadas estas diferencias, aquí estaba el parecido que intuía entre ambos personajes: en esta inquebrantable voluntad de "abordar la empresa desde el principio" (como dijo Hegel del francés) imponiéndose a sí mismo un método ordenado y estricto, que se basa en la razón como primera medida de la propia búsqueda.

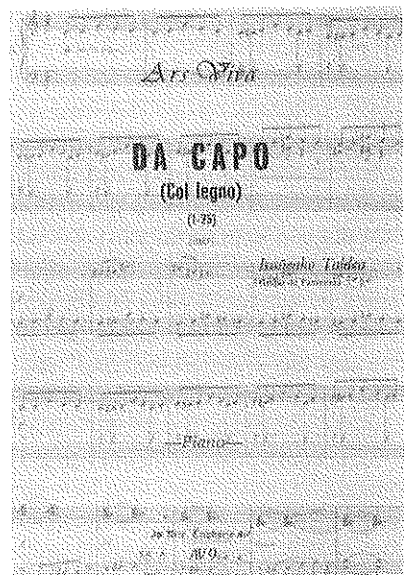
Y así como Descartes pretendió que sus juicios, por más complicados que fueran ("Ningún conocimiento de las cosas debe

considerarse más oscuro que otro, pues que todos son de una misma naturaleza y consisten en la sola composición de cosas conocidas por sí mismas"), cumpliesen "...reglas ciertas y fáciles, mediante las cuales el que las observa exactamente no tomará nunca nada falso por verdadero", Agustín González Acilu tiene la ambición de componer como si el sonido fuera sólido -"cierto y fácil"- y hubiera que cuidar, además del concepto que dirige toda obra, el orden, el peso y la disposición de cada piedra, para que lo construido no se nos caiga encima como al arquitecto irresponsable que ha tomado "lo falso por verdadero".

Hay que decir, en justicia, que Agustín González Acilu no es el único exponente de esta actitud, aunque sí uno de los más fanáticos del rigor. En su misma generación, no obstante, sobreviven aquellos que esclerotizaron las fórmulas vanguardistas de los años cincuenta y sesenta -con el objeto evidente de rentabilizarlas una vez fueron digeridas socialmente-, y danzan sin sentido del ridículo como luchadores de una guerra ya sin enemigos y por ello cómoda, nada peligrosa, pues el campo de batalla está vacío, es un escenario. Por fortuna, existen otros que, tras vivir las vanguardias muy consecuentemente, son ahora también consecuentes con la marcha de los tiempos y trabajan la ma-

teria musical sin renunciar a la elaboración consciente como un instrumento indispensable: Agustín entre ellos, con clarividente dignidad. Para completar esta caprichosa reflexión, devuelvo a Descartes su lugar entre mis libros y me arriesgo a declarar que no creo que la perfección sea condición suficiente -aunque sí es necesaria- para que una obra exhale ese aliento misterioso que llamamos Arte. No poseo las claves que explican el fenómeno, pero lo conozco y me conmueve mucho. Por una acera sucia de cualquier ciudad pasean cientos de pies humanos cubiertos de calzado opaco por el descuido y el polvo de su vida. De pronto, entre el bosque de extremidades, unos zapatos, modestos pero minuciosamente limpios y pulidos, reflejan extraños y fugaces destellos a cada movimiento del sencillo acto de andar: el observador atento es tocado por estas pequeñísimas e imprevisibles luces, se abstrae de lo circundante, incluso del objeto físico que las produce, y es consciente, gracias a ellas, de la gran llama del Astro, por más que siga mirando sólo al suelo.

No sé lo que esto significa, ni espero que aquel Sol sea de una carne menos mortal que la nuestra. Pero sí estoy segura de que Agustín limpia sus zapatos con dedicada pasión. El resto no es controlable: depende, si acaso, de las nubes. ☼



Iruñeako Taldea
Grupo Pamplona
Da Capo
(Col legno)
1987

PIANO

A. Glez. Acilu
Cuadernos para Piano
1985

